

EN EL DECIMO ANIVERSARIO DE "EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS"⁽¹⁾

LUIS UGALDE



EL "MARXISMO RECOCIDO".

Hace diez años Pablo VI hacía suya la voz de los pueblos oprimidos: "Los pueblos hambrientos interpelan hoy con acento dramático, a los pueblos opulentos" (No. 3). En la década que ha seguido se han dado pasos firmes hacia la formación de un frente de defensa de los países del Tercer Mundo. Cuando las diversas formas de acción conjunta empiezan a tomar cuerpo, los hasta hoy "caritativos" países industrializados se preparan al enfrentamiento; en enero de 1977 Kissinger antes de dejar la Secretaría de Estado de EE.UU. afirma que ahora el occidente capitalista industrializado "cuenta con los recursos suficientes como para hacer frente a un diálogo norte-sur" (El Nacional 28-1-77).

Las Encíclicas sociales de la Iglesia tenían el valor moral de no compartir los excesos, de denunciar los abusos y exhortar a los patronos a una conducta más considerada con los trabajadores y subordinados. Pero estaban pensadas desde el orden establecido, desde el sistema reinante, desde el lado del poder y del patrón. Esta vez Pablo VI, guía espiritual

(1) "Populorum Progressio" es la Encíclica de Pablo VI dada el 26 de marzo de 1967. Está dedicada al problema de los países subdesarrollados y a las relaciones internacionales.

de una Iglesia que durante siglos ha compartido la historia de los pueblos dominadores y que sigue con una influencia decisiva de teólogos, funcionarios y experiencias eclesiales de los países capitalistas de occidente, hace un esfuerzo por ver la situación desde el lado del oprimido, de denunciar al opresor y de no recomendar para los países subdesarrollados las fórmulas que han producido una sociedad inhumana en los países capitalistas.

Naturalmente el esfuerzo no logra un éxito total. La reflexión se queda corta en algunos aspectos. Pero esta encíclica es un paso decisivo en la apertura de la Iglesia hacia la teología hecha desde África, desde Asia, desde América Latina. Estas regiones han irrumpido en las iglesias no sólo como meros lugares geográficos que hay que tomar en cuenta, sino como verdaderos lugares teológicos, lugares de la manifestación de Dios en la lucha de los pueblos por la liberación y la fraternidad humana.

La elaboración de la encíclica "Populorum Progressio" duró dos años y medio. Se comenzó a trabajar en septiembre de 1964, un año antes de que terminara la revolución copernicana del Concilio Vaticano II. Revolución que los hombres de mañana entenderán mejor que nosotros. Muy significativamente Pablo VI en su documento hace referencia a su viaje previo a América Latina, a África, a Tie-

rra Santa, a la India y a las Naciones Unidas. Ya no quiere hablar desde Roma, ni quiere dirigirse sólo a la Iglesia católica. Habían precedido seis redacciones. Sólo la séptima fue hallada satisfactoria.

Tampoco quiere que sea una palabra más, alabada por todos y acatada por nadie. Urge la acción y se crea la Comisión Pontificia de Justicia y Paz para estimular la práctica liberadora de la Iglesia universal y de las Iglesias locales. Y en verdad las actuaciones de comisiones nacionales de Justicia y Paz en Bolivia (perseguida, suprimida y expulsados por la dictadura varios miembros) en Chile, en Rhodesia, en la España de la dictadura... forman parte de las mejores páginas de lucha reciente de liberación de los oprimidos en esas naciones. En cada país a su manera los cristianos desarrollaron la imaginación, la iniciativa y el riesgo para hacer de la liberación colectiva del hombre un absoluto que se antepone a los ídolos del poder y del dinero opresores.

El órgano de prensa de Wall Street de inmediato calificó la Encíclica de "marxismo recocado". Idea que dará cuerpo a toda una internacional antievangélica que pretende ahogar el espíritu que actúa en las Iglesias. Su bandera será el anticomunismo; su argumento aparente la "infiltración comunista en la Iglesia"; sus verdaderas razones la defensa de los

poderosos intereses creados. Estos no pueden resignarse a perder la tradicional alianza con la Iglesia. Desatarán una verdadera cruzada para frenar el camino emprendido por ésta, porque saben que sólo desde la creencia en algo más grande que los dioses del dinero y del poder puede el hombre emprender con éxito la lucha contra la opresión de estos.

Por todo esto la encíclica "Progreso de los Pueblos" ha sido silenciada, incluso en la propia Iglesia.

"IMPERIALISMO INTERNACIONAL DEL DINERO"

La Encíclica parte de una situación real de opresión de los pueblos subdesarrollados como consecuencia de la dominación mundial impuesta por el capital y por el desigual desarrollo que tenían los pueblos al producirse la actual planetización de la economía y del poder.

Y esta situación dramática tiende hoy a empeorar dejada al libre impulso de la economía y el poder mundial actual. "Dejada a sí misma, su mecanismo conduce al mundo hacia una agravación, y no una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida" (No. 8).

Es evidente que la industrialización con sus avances tecnológicos permitirá una más abundante producción de bienes y la posibilidad de humanización. Pero el sistema que impulse la industrialización no puede ser el capitalismo, si no queremos desembocar en nuevas y más sofisticadas formas de opresión. "Pero, por desgracia, sobre esas nuevas condiciones de la sociedad, ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la concurrencia, como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pio XI como generador del "imperialismo internacional del dinero" (Pio XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno* de 1931). No hay mejor manera de reprobarnos un tal abuso que recordando solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre. Pero si es verdad que un cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticias y luchas fratricidas, cuyos efectos duran todavía, sería injusto que se atribuyera a la industrialización misma los males que son debidos al nefasto sistema que lo acompaña" (No. 26).

HUMANISMO REORDENADOR DE LA ECONOMIA

Entonces la salida no se puede encontrar en el capitalismo. Tampoco bastan las muchas y excelentes obras huma-

nitarias que a nivel local realizan las iglesias y las entidades benéficas y filantrópicas. "Pero en lo sucesivo las iniciativas locales e individuales no bastan ya. La presente situación del mundo exige una acción de conjunto que tenga como punto de partida una clara visión de todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales" (No. 13).

Son los pueblos y los Estados los que van a buscar las soluciones. La Iglesia, comunidad de creyentes, no debe suplantarlos sino que "les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad" (No. 13).

No se trata de humanismo entendido como mundo interior que puede conservar intacta su belleza en una realidad de miseria e injusticia social (como consuelo-evasivo de ella). No un humanismo espuma, que flota como la filosofía alienada y evasiva de unos pocos de "espíritu" supercultivado. Se trata de un humanismo capaz de hacer historia social, de ordenar todo el quehacer humano y por tanto de subordinar a sus fines la tarea económica, un humanismo capaz de producir un hombre humano. Se rechaza así el absoluto capitalista que desata la ilusión de que se es más sólo por tener más. Dentro del capitalismo es necesaria esta ilusión puesto que en la medida en que toda la energía humana se oriente al "tener más" el capitalismo logra convertir toda la sociedad en factor generador de ganancia. Toda la sociedad es una inmensa fábrica donde el hombre cuenta como productor y como consumidor. Hasta los actos más íntimos de la vida terminan siendo manipulados para convertir al hombre en consumidor de lo que el capital quiere vender. "Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran; los hombres ya no se unen por amistad, sino por interés que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse. La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza" (No. 19). Se trata pues de un humanismo que reordena lo económico, pero que no se reduce al simple crecimiento económico. "El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Por ser auténtico, debe ser integral, es decir promover a todos los hombres y a todo el hombre" (No. 14).

No es una vocación individualista sino solidaria pues "cada uno de los hombres es miembro de la sociedad, pertenece a la humanidad entera. Y no es solamente este o aquel hombre, sino que todos los hombres están llamados a este desarrollo pleno" (No. 17).

Esta subordinación de todo a las metas humanas colectivas que propone el Papa requiere la desacralización de los ab-

solutos del capital y del poder. Hay que someterlos a simples medios. Los dioses de la sociedad capitalista son poderosos. Hoy por hoy controlan el mundo y reducen a paja las buenas intenciones humanistas. Para poder luchar contra esta realidad hay que empezar por relativizar ciertos principios que desde hace unos pocos siglos los católicos han tendido a sacralizar en clara infidelidad con el Evangelio y la tradición. "Todos los demás derechos, sean los que sean, comprendidos en ellos los de propiedad y comercio libre, a ello están subordinados: no deben estorbar, antes al contrario, facilitar su realización, y es un deber social grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primera" (No. 22).

LA PROPIEDAD PRIVADA DESENMASCARADA

La propiedad y las formas posibles de ella, deben ser libradas de todo tratamiento dogmático y sacral y consideradas como instrumentos cuyo valor para generar justicia está sometido a la experiencia. Ni la propiedad privada, ni la absoluta propiedad estatal son verdades religiosas, sino instrumentos sobre cuyos efectos la experiencia, y no la doctrina, tiene la última palabra. Estamos ante un difícil problema, la verdadera socialización del poder y de la economía donde la idolátrica sacralización de posiciones impide un verdadero sometimiento de los medios de producción a la liberación del hombre. La Iglesia vuelve así a recordar verdades que se obscurecieron bajo una supuesta apelación al derecho natural de la propiedad privada. "Si alguno tiene bienes de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios? (Primera carta del Evangelista Juan 3,17). Sabido es con qué firmeza los Padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen respecto a los que se encuentran en necesidad: No es parte de tus bienes así dice San Ambrosio- lo que tú des al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos. Es decir, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: "el derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos". Si se llegase al conflicto "entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales", toca a

los poderes públicos "procurar una solución con la activa participación de las personas y de los grupos sociales" (No. 23).

Esta intervención va desde las expropiaciones y restricciones necesarias al abuso de la ganancia hasta la planificación económica pasando por la eliminación del "simple juego de la competencia como su premissa ley económica". "No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos" (No. 33). Es necesaria la planificación y "toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que hay que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ellas, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas agrupadas en esta acción común" (No. 33). Aquí el Estado es tratado como un ente humano y sin ninguna idealización al estilo hegeliano. Por eso no se trata de dar todo el poder al Estado que en concreto termina en todo el poder al grupo económico, al partido o al equipo burocrático que lo controla. Se trata de quebrar las instancias económicas que la dominan con su capacidad de imponer sus intereses particulares como metas colectivas. Al mismo tiempo se trata de mantener viva la sociedad en toda su riqueza organizativa para impedir que ningún grupo se apodere de todo el poder de la colectividad. "Pero han de tener cuidado de asociar a esta empresa las iniciativas privadas y los cuerpos intermedios. Evitarán así el riesgo de una colectivización integral o de una planificación arbitraria" (No. 33).

EL FRACASO DEL ECONOMICISMO

Hoy ya es una evidencia que el indudable crecimiento económico y aumento productivo que trae el capitalismo no trae una elevación de la calidad de la convivencia humana para todos. "Decir desarrollo es, efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico. No basta aumentar la riqueza común para que sea repartida equitativamente. No basta promover la técnica para que la tierra sea humanamente más habitable. Los errores de los que han ido por delante deben advertir a los que están en vías de desarrollo de cuáles son los peligros que hay que evitar en este terreno. La tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos temibles que los del liberalismo de ayer" (No. 35).

Diez años después estas afirmaciones resultan más convincentes y más ampliamente compartidas. El modelo de sociedad capitalista con un industrialismo hecho a la medida de la ganancia del capital no tiene sentido para los países subde-

sarrollados. Ciertos economicismos de éstos han contagiado así mismo a los países diseñados por los partidos comunistas al tiempo que el modelo político de estos tiene limitaciones más graves.

Pero hay más. Cada día toma más cuerpo la convicción de que no se trata de unos países que se desarrollaron antes y otros que se van a desarrollar después, con una diferenciación meramente cronológica. Vivimos una economía planetizada y los países subdesarrollados son dependientes, penetrados y dominados por el capitalismo internacional. Este asigna un papel determinado a aquellos dentro de la división internacional del trabajo lo que hace que todo paralelismo con el desarrollo de los países capitalistas hoy dominantes pierda sentido. Así como el obrero no es un ser en vías de ser capitalista los países subdesarrollados están destinados a ser los proletarios permanentes del capitalismo mundial.

Estos pueblos tienen que aunar sus fuerzas para enfrentarse a los actuales dominadores del mundo y buscar un camino que no está dado por la mera imitación. "Los pueblos pobres jamás se provendrán suficientemente frente a esta tentación que les viene de los pueblos ricos. Estos presentan, con demasiada frecuencia, con el ejemplo de sus éxitos en una civilización técnica y cultural, el modelo de una actividad aplicada principalmente a la conquista de la prosperidad material" (No. 14).

Los cristianos tenemos una profunda convicción de que un humanismo cerrado sobre sí mismo termina absolutizando realidades relativas en cuyo altar se sacrifica al hombre. El dinero, el poder, el partido, el sexo. . . son algunas de las realidades con fuerte tendencia a la absolutización. La apertura al Dios del amor posibilita la relativización y subordinación de estas realidades a la realización del hombre.

LA LARGA MARCHA

Naturalmente toda esta exposición del Papa carecería de importancia si no desatara la búsqueda de caminos de transformación y de instrumentos de trabajo. El documento pontificio señala algunos medios para llegar a un verdadero internacionalismo solidario, basado en el deber de solidaridad de los pueblos, en el deber de justicia social y en el deber de la filantropía universal que fomenta la acogida hospitalaria de trabajadores, estudiantes, refugiados y emigrantes en general.

A diez años del documento papal tiene mayor verosimilitud la lucha por la equidad de las relaciones comerciales y a su vez se hace más clara la existencia de una especie de lucha de clases internacional impuesta por las prácticas seculares

de los países industrializados y confirmada por las recientes resistencias y amenazas. Siñ embargo, sin ganar la batalla de las relaciones comerciales equitativas todas las demás "solidaridades" se reducirán a hipócritas manipulaciones. "Los esfuerzos realmente considerables que se han hecho para ayudar en el plan financiero y técnico a los países en vías de desarrollo, serían ilusorios si sus resultados fuesen parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre países ricos y pobres" (No. 56). "Las naciones altamente industrializadas exportan, sobre todo, productos elaborados, mientras que las economías poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas" (No. 57). Los primeros aumentan rápidamente de precio y los otros no. Por eso "los pueblos pobres permanecen siempre pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos" (No. 57). En este "libre comercio" los países industrializados imponen mediante su dominio las condiciones de mercado. "Es, por consiguiente, el principio fundamental del liberalismo, como regla de los intercambios comerciales, el que está aquí en litigio". (No. 58).

El Papa concluye con un llamado a la acción. A todos los hombres y en especial a los católicos. A los seglares exhorta a no "esperar pasivamente consignas y directrices", sino a actuar "con su libre iniciativa".

Es evidente que un documento así haya sido leído de muy diversa manera. Quienes económica y socialmente están ubicados en el lado del capital aunque sean clérigos lo considerarán "marxismo recocado". Algunos para no desautorizarse enfrentándose al Papa guardarán silencio ante él para desatar después toda una campaña de acusaciones contra aquellos cristianos que toman en serio la liberación de los pueblos en el sentido que venimos comentando. Afortunadamente en estos diez años la respuesta de los pueblos y de los cristianos insertos en ellos ha sido vigorosa. En América Latina la toma de conciencia de los cristianos es creciente y viene dada por la medida de su firmeza en la prueba de la represión y por la magnitud de las calumnias y ataques de sus enemigos de dentro y de fuera de la Iglesia. A pesar de todo el Espíritu de Dios no actúa en vano y las comunidades se están mostrando capaces de romper el cerco de los poderosos. Pero también se ha demostrado que el camino es más largo y lleno de contradicciones y conflictos de lo previsto. La "buena voluntad" de los países capitalistas y sus "ayudas" eran sonrisas para enseñar los dientes. Los pueblos oprimidos empiezan a esperar más de su unión que de las promesas de los opresores.